



## TARDE DE TOROS

HE procurado abrir los ojos de Pablo Serrano, que lleva, camino de Roma, la ilusión, entre otras, de ver la capilla Sixtina. Diré, antes de nada, que Pablo Serrano, doble físico de Van Gogh en Uruguay, sobre ser el mejor escultor de Sudamérica y, acaso, del entero continente, es el más increíblemente rápido del universo. Es un escultor "al minuto", sólo que llamado a una larga posteridad. El, como anima, de modo instantáneo, la informe arcilla y le infunde vida y calor, entra de lleno en el mundo del milagro. El y Oswaldo Guayasamín, el formidable pintor de Quito, que en estos días exhibe en el Ateneo algunos de sus cuadros, son el envío artístico de más importancia que los pueblos de habla hispana han hecho al nuestro, quizá desde los años de la Colonia. Pues bien, he procurado anticiparme a la decepción que la capilla Sixtina producirá a Pablo Serrano y le he dicho que si de verdad de verdad le interesa estudiar esa obra maestra y quiere ver el Juicio Universal y la barca de Caronte, las Sibilas y los Profetas, debe comprarse los grabados, que encontrará en cualquier librería y evitarse el viaje, porque esos grabados le darán del arte de Miguel Ángel una idea mucho más exacta que la contemplación directa de la capilla misma. Por experiencia hablo.

Yo intenté—era el año 1948—saborear esa obra mágica en la penumbra poblada de voces de turistas, con la cabeza derribada sobre la nuca, sirviéndome inclusive de ciertos artilugios que me servían en arriendo. Únicamente cuando con el aire resignado y casi fatal que conviene a una decisión semejante adquirí las láminas que la repro-

ducían, pude decir que, por fin, había visto la capilla Sixtina.

Ninguna razón económica me mueve a dar ese consejo a Pablo Serrano. Los grabados a que aludo valen tanto como el viaje mismo, pero tienen la ventaja de que permiten reemprenderlo, a voluntad, cuando uno quiere, sin necesidad de coches ni de trenes, sin gajes de visados ni de cicerones y detenerse en presencia de Adán y Eva y ver al Supremo Hacedor separando la luz de las tinieblas y creando los astros mayores, a nuestra conveniencia, de noche o de día, sentados o de pie.

Skira, el prodigioso editor suizo, acaba de prestarnos un servicio semejante por lo que se refiere a los frescos inmortales de San Antonio de la Florida.

Que quien no los haya visto a través de la edición recientemente lanzada y que con tanto acierto iluminan ilustres plumas españolas, diga que los conoce a fondo, porque no le creeremos. Al menos a mí, que incontables veces, por propio impulso, unas; a petición de amigos extranjeros, otras, he ido a ese tan pequeño como asombroso museo, salvado, porque Dios lo quiso, de los horrores de una guerra de tres años, el Skira me ha explicado con mucha más elocuencia la magistral lección de Goya que el peregrinaje a la extraordinaria cúpula, cuya sola existencia, dicho sea de paso, multiplica por diez el valor de Madrid.

Tal paradoja hay que apuntarla en el haber de la fotografía moderna, en el haber de esos objetivos infinitamente sagaces que analizan mucho más que la pupila humana y que nos asombran con sus descubrimientos, que impiden que nos distraigamos queriendo abarcar, verbi-

gracia, todo el brazo y que nos muestran exclusivamente la mano, con los dedos abiertos o crispados, el torso de los "ignudi", músculo a músculo, tendón a tendón, y nos obligan, "velis nolis", a una minuciosidad y a un detallismo al que voluntariamente no se esclaviza nuestra mirada.

Análoga experiencia debo a cierta película que me reveló también "El entierro del conde de Orgaz". La cámara iba deteniéndose, uno a uno, ante los caballeros del Greco, aislándolos de los restantes, agrandándolos, señalándonos su ropaje, sus cambiantes miradas, sus expresiones diversas. Salí del cine como avergonzado, con el complejo de no haber visto realmente hasta entonces ese lienzo sublime.

Después de tan largos antecedentes ¿se me deja decir que "Tarde de toros" viene a ser una especie de Skira de la fiesta nacional? Pues yo, por lo menos, así la diputo. Se la incluye, por inercia, entre las películas de imaginación, pero es en realidad un documental de largo metraje. Un NO-DO de hora y media, que se inicia cuando Domingo Ortega—al que Dios realmente ha llamado por el camino del arte taurino a cambio de negarle beligerancia en el cinematográfico—se viste de luces y acaba con la estampada de una plaza despojada del frenesí de los aplausos; una plaza un poco grandilocuente y patética, en la que, fantasmalmente, el eco de los oles postreros se despeña entre los cascos de las gaseosas, las almohadillas desventradas y el sucio desorden de los tendidos, vacíos ya de espectadores.

Ahora bien, aquí el Skira cumple su cometido de distinta forma. No abriga, claro está, el modelo que elige, porque la fiesta es un espec-

táculo vivo e hirviente, del que toda reproducción resulta pálida siempre, pero lo ensancha. Mejor sería ver a Antonio Bienvenida—más actor que sus compañeros de cartel—desde una delantera del nueve que verlo desde la fila diez del cine, y nunca invento alguno bastará para salvar esa diferencia; pero a cambio de esa desventaja sustancial, el Skira, en este caso concreto, nos conduce al patio de caballos, a la capilla en sombras, a la enfermería, a todos esos sitios a los cuales también alcanza nuestra curiosidad, a los que es inútil que pretendamos ir con nuestro simple billete y en los que, al fin y al cabo, tampoco nos interesa hacer acto de presencia si hemos de abandonar a cambio el curso de la lidia.

De otra parte, "Tarde de toros" es una trampa inteligente por medio de la cual se lleva a la plaza a aquellos que, como el que suscribe, no la pisan voluntariamente casi nunca. Es curioso pensar que "Tarde de toros" es una película que de seguro verán tantos enemigos como partidarios de la fiesta. En realidad su trama va dirigida a explicar la fiesta misma, su significado y sus reglas al profano. Al profano extranjero, claro, porque no hay indígena capaz de creer que la oreja que se concede como premio a las buenas faenas es la del diestro, y no la del astado, y que necesite saber qué ceremonia es esa de la alternativa; pero para explicarla al fin, porque la intención didáctica es primordial en la película, desde la imagen con que comienza a la imagen con que acaba.

Por esa razón, al espectador foráneo, y cuanto más distante mejor, al incógnito espectador de Tokio o Filadelfia, "Tarde de toros" le servirá de "Ersatz" le despejará muchas curiosidades y aun es posible que le encienda el interés de reemplazar el Skira de los toros por una contrabarrera.

Independientemente de ese tipo de espectadores, el español perdido en el último confín del mundo sentirá que se le humedecen los ojos al oír esos olés de lanzallamas brotados bajo el sol de junio de unos miles de gargantas reseca. El, en silencio, sumará el suyo, cargado de pasión y de nostalgias.

En fin, probablemente este Skira de los toros nos hacía falta, como nos hacía falta también el de los frescos de San Antonio, y he aquí que, por diversos caminos y casi en las mismas fechas, una editorial suiza y una productora madrileña deciden llenar ese hueco. A nosotros nos ha parecido oportuno dejar constancia en estas líneas de la aparición de ambos y hacer votos porque en el futuro otras ramas de nuestra vida, de nuestras costumbres y de nuestra personalidad como españoles encuentren fedatarios igualmente veraces y sensibles.

